

ilustrado los franceses las páginas de su revolución, hay muchos relatos referentes á esta tristesísima y dolorosa incidencia. De tales relatos se deduce que algunos demagogos del club jacobino, acudieron á justipreciarse y á venderse con verdadera desvergüenza, en la subasta española; se deduce también que algunos, muy pocos, escasísimos convencionales, salieron manchados de aquel trance y entre ellos el ex capuchino Chabot. Por fin todo fué inútil. Luis XVI perdió corona y cabeza en el cadalso. Tras tanto empeño de nuestra corte y de nuestro gobierno por salvarlo, vióse ya como cosa imposible la casi convenida neutralidad, y como cosa inevitable la inmediata guerra. Godoy puso mano en el convenio de neutralidad y lo arrolló como un papel viejo é inútil. A esta medida saltó Aranda, que no podía ya contenerse, y en carta reverente, á Carlos IV dirigida, le observó cómo los intereses de las naciones se hallan sobre los sentimientos de las dinastías; y cómo, aun guillotinado Luis XVI, importábanos á nosotros, no solamente una neutralidad sistemática y una indiferencia olímpica entre las maniobras de la coalición europea, la saludable amistad de Francia. Para el conde muy pequeño resultado la reposición de los Borbones franceses comparándolo con la energía suprema de las fuerzas indispensables á conseguirla; para el conde muchos los gastos, escasos los provechos; para [el conde sumamente peligroso todo trato con Inglaterra, después de las luchas entre ingleses y españoles tan recientes como cruentas; para el conde un combate con Francia equivalía en aquel minuto á un demente suicidio.

Pero es el caso que las torpezas de Godoy, sus cartas poco serias, sus maniobras poco diplomáticas, sus cohechos tan escandalosos, sus proceder tan contradictorios; el envío de guarniciones á la frontera por los mismos días aquellos en que se trataba de paces y amistades, concluyeron por donde habian de concluir necesariamente, según todas las leyes de la moral y de la lógica, por arrastrarnos á la guerra. El relato y lectura de las notas hispánicas hecho en la Convención por un secretario, produjo, como las célebres notas de Florida-Blanca en las Asambleas precedentes, indignación y risa. Las notas de Florida-Blanca todavía se leyeron por entero, las notas de Godoy no se acabaron de leer jamás, cortadas por la indignación y por la protesta de todos los convencionales. Ciertamente Godoy no se daba la debida cuenta del cambio acaecido en Francia; y hablaba con los gobiernos republicanos como pudieran hablar entre sí dos gobiernos tan monárquicos y tan borbónicos, por ejemplo, como los existentes antaño en Versalles y en la Granja. El atrevimiento de aquella nota suscitó la cólera de Dantón, que todo lo esclarecía con las fulminaciones del rayo. Tras Dantón otros representantes, á su vez, tronaron, sosteniendo la necesidad unos de no tratar sino con gobiernos que hubiesen reconocido la República; la necesidad otros de prescindir de los reyes y entenderse con los pueblos. Aranda insistía más y más en que no se rompiera la neutralidad con Francia y no entráramos en la coalición monárquica. Según el pensamiento suyo, esta neutralidad interesaba tanto

á nuestra situación en Europa como á nuestra situación en América; y no convenía, dada la corriente de ideas establecida ya en el Nuevo Mundo, propender á los Estados reaccionarios y combatir al único Estado liberal que había en el continente. Aunque los hispano-americanos fueran educados en la Monarquía y en la Iglesia españolas; ni una ni otra de ambas instituciones pudieran impedir penetrarse allí el espíritu de la pasada centuria. Los americanos estaban por Francia y con Francia. «No se piense, añadía el gran estadista, que nuestra América está tan inocente como en los siglos pasados y tan despoblada; ni se crea que faltan gentes instruidas que ven que aquellos habitantes están olvidados en su propio suelo, que son tratados con rigor y que les chupan la sustancia los nacidos en la matriz, no ignoran tampoco que en varias partes de aquel continente ha habido fuertes conmociones y costado gentes y caudales el sosegarlas; para lo cual ha sido necesario que fuesen fuerzas de Europa. No se les oculta nada de lo que aquí pasa; tienen libros que los instruyan de las nuevas máximas de libertad; y no faltarán propagandistas que irán á persuadirlos, si llega el caso. La parte del mar del Sur, está ya contagiada, la del mar del Norte, tiene, no sólo el ejemplo, sino también el influjo de las colonias inglesas que estando próximas pueden dar auxilio.» Estas reflexiones, aunque trazadas en estilo bastante flojo, muestran una profundidad y una clarividencia evidentes. Aranda tenía razón. La guerra con Francia nos exponía de suyo á un apostolado democrático en América; nos exponía de suyo al rompimiento con la madre patria de nuestras innumerables colonias. Pero no había remedio; la guerra estaba en la fatalidad de los hechos. Justo yo en Historia, no me cuesta ningún trabajo aseverar que Godoy pugnó cuanto le fué dado por la paz; pero Francia y la Convención querían la guerra, y á esta horrible querencia contribuyeron mucho las torpezas de nuestro primer ministro. Así, el siete de Marzo, año mil setecientos noventa y tres, la Convención por un decreto unánimemente votado y tras unas consideraciones más ó menos justas, declaró á España la guerra, fundando tal acto, en haber nuestro gobierno desconocido la soberanía suya con dar á la continua el título de soberano á Luis XVI; en las vejaciones experimentadas por los ciudadanos franceses aquí habitantes; en el favor concedido á la rebelión de los negros dominicanos; en la retirada del embajador español después del diez de Agosto; en los armamentos de mar y tierra hechos por nosotros, en el envío de tropas á la frontera; en el amparo á las emigraciones realistas; en las protestas que las cartas dirigidas á la Convención expresaban contra la soberanía del pueblo francés, en las alianzas de los españoles con los ingleses para destruir y soterrar la República.

La más grave y transcendental entre tantas consecuencias como trajo la ejecución del Rey, fué sin duda, el rompimiento de Francia con Inglaterra. Sabido es que á la hora de morir el Rey amenazaba Dumouriez á Holanda; y tal amenaza no podía sufrirse por Inglaterra, que contaba con una especie de dominio moral sobre la República, de donde provi-

nieran sus Reyes constitucionales y parlamentarios. La noche del veintitrés de Enero llegó á Londres el parte, que noticiaba la muerte de Luis XVI. Universal consternación reinó entre los ingleses, de suyo muy monárquicos; cerráronse los teatros en señal de duelo, como si hubiera muerto un Monarca britano; la corte se vistió de luto y las clases medias imitaron á la corte; pareciendo Jorge III en público la tarde del veinticuatro con grandísimo aspecto de tristeza para oír cómo sus súbditos gritaban: «guerra inmediatamente á Francia.» Magüer tales exaltaciones de la opinión pública, el primer ministro Pitt y su ilustre segundo el ministro de Negocios Extranjeros Grenville, se recataban de tomar medidas extremas é iban dando tiempo al tiempo. Pero, como el sentimiento popular no se fijaba sólo en la muerte de Luis XVI, se fijaba en la ocupación de Bélgica por Dumouriez y en los amagos de un golpe mortal á Holanda, no existía poder alguno capaz de contrastar el ímpetu belicoso. Jorge III, como buen Rey, estaba tan indignado por la muerte de su camarada francés como pudiera estarlo el Borbón Carlos IV. Así llamó en su presencia Jorgo á Grenville y le impuso la expulsión del enviado francés, quien abandonó el reino á principios de Febrero. El día veintiocho de Enero hubo gran sesión del Parlamento. Las Cámaras estaban henchidas de representantes, como en los más graves casos y en las mayores solemnidades. El Rey informó á sus fieles comunes y lores de lo sucedido allende el Estrecho en amplio mensaje, requiriendo de unos y otros los recursos necesarios contra la República. En estas Lebrun, ministro de Negocios extranjeros republicano, mandó Maret á Londres, para que lo informase de cuanto sucediese y supiera en lo posible al ministro de la República despedido tan descaradamente por el Rey. Maret observó que nadie le recibía en parte alguna; que se hallaba forzado á quedarse en casa, pues no podía sacar las narices á la calle sin que las apestaran de pestilentes insultos; que la ejecución del Rey acababa de producir un horror universal; que la rabia contra los franceses crecía por minutos; que aquel duelo cortesano prescrito por la corte, acababa de extenderse á toda la nación y no había inglés que no se hubiese procurado un traje de luto. Sin embargo, Pitt esquivaba la guerra todavía, mas le faltó la opinión por completo. Inglaterra toda le volvió la espalda y se puso á dirigir amenazas y anatemas sobre Francia. Dada tal situación incontestable, no hubo más remedio que comprometerse, y comprometerse con ahinco, en tal guerra increíble. Tres causas la determinaban: primera, necesidad imperiosa de reprimir el apostolado revolucionario francés; segunda, necesidad imperiosa de arrojar los franceses del seno de la nación belga; tercera, necesidad imperiosa de preservar Holanda de todo ataque. Grenville pronunció un ardoroso discurso contra las ambiciones francesas, y aunque muchos lores, Derby principalmente, protestaron contra la guerra, Grenville mantuvo su justicia y su necesidad. Aquel mismo día Pitt habló en los comunes, denunciando la ejecución de Luis XVI como el crimen más odioso y más atroz que podía contar en sus narraciones la Historia. Después de marcar con este hierro candente la horrible sentencia ya

consumada, reconvinó á los franceses por faltar á todos sus compromisos y á todos sus pactos, cuando de su propio albedrío un día ofrecieran total renuncia de toda conquista, total apartamiento de los negocios interiores propios á cada nación, total seguridad de respetar los derechos del soberano inglés y de sus respectivos aliados. En lo que más insistió Pitt, naturalmente, por dar ocasión á sus reconveniones muy oportuna y propicia, fué sin duda en el decreto de apostolado revolucionario, que publicó la Convención francesa con tan poco seso. Así dejó traslucir no tendría compostura el rompimiento y que ni aun, después de dadas y pedidas explicaciones por Francia, podría evitarse. Muchos liberales apoyaron al primer ministro; y uno de ellos recordó ser un principio de política inglesa, el no abandonar jamás Brabante á Francia.

Imposible faltara en esta ocasión solemne la sublime palabra de Fox. Cada día más dolorido de los excesos republicanos, también estaba cada día más gozoso de los principios. Con efecto, por mucho que tuviese la ocupación belga de guerra y de conquista, siempre dejaba, como todas las grandes operaciones revolucionarias, un substrato de libertad, un fomes de progreso. La República francesa rompió los hierros cuyos eslabones esclavizaban el Escalda. Un río, navegado por el privilegio de oligarquias egoistas, abrió sus corrientes á todos los pueblos y entró en el sistema venoso de toda la humanidad. No podía darse un paso adelante, sin que cediera, magüer su reconocida violencia, en bien y en provecho de todos. Así Fox no se dejó intimidar por los arrebatos de la opinión inglesa; le retó con arranques de valor verdadero y trabó con ella un duelo á muerte. El gran orador desoyó todos los rumores, descartó todas las protestas, contestó en el acto á todas las interrupciones, y fué derecho á detender los principios de Francia, y con los principios de Francia la libertad humana y el universal progreso. Atila llamó en su maravilloso discurso al general alemán destrozado con todos sus ejércitos por la cañonada sublime de Valmy. Ambiciones generosas llamó á las ambiciones francesas, ambiciones de salud, ambiciones de redención, poniéndolas enfrente de las ambiciones rusas, cuyos insaciables apetitos acababan de trucidar á Polonia. Todos los diputados oyeron el discurso con grande atención, con esa grande atención que sólo recaban y obtienen los grandes oradores, pero no hubo ni un voto aquistado á la causa francesa por aquella maravillosa palabra. Los ingleses no se hallaban de la revolución en verdad tan distantes como los otros pueblos monárquicos. Ellos habían tenido sus profetas santos; sus presbiterianos que llevaban al seno de las iglesias sajonas la democracia y la República; sus niveladores tan exagerados y violentos como los demagogos parisienses; sus ejércitos plebeyos improvisados de igual guisa que los voluntarios del noventa y dos; sus clubs locuaces; sus juntas incendiarias; sus batallas sangrientas por los municipios progresivos; sus parlamentos largos; su tribunal estrellado que condenaba los Reyes á muerte; sus cadalsos de María I en Escocia y de Carlos I en Inglaterra; su declaración de derechos; una República generada por su sangre y por sus

ideas en el Nuevo Mundo; y una revolución hecha para derrocar por siempre a los Estuardos, como Francia derroba por siempre á los Borbones. El odio de los demás pueblos á Francia, era un odio externo; el odio inglés era un odio de rivalidad y de competencia. Para los nacidos en la grande isla del Océano toda libertad desemejante á la libertad inglesa, merece tan sólo el desdén, porque, después de haber vivido en los estremecimientos del desorden, acaba por abortar la tiranía y el tirano. Nada tan lejos de un espíritu inglés como la idea de igualdad latina. Para él, sin grandes gerarquías en la cumbre social, no puede haber pueblos libres en la base; para él todo gobierno de Parlamento exige una clave, por honoraria y simbólica que sea, de antigua monarquía. Los hombres todos, libres é iguales en las constituciones revolucionarias; el derecho extendido en común á todas las clases; los congresos ó asambleas primarias, nombrando una Convención y la Convención constituyendo grandiosa dictadura; semejantes fases de la libertad y de la democracia eran incomprensibles para los que no podían explicarse la existencia, ni de la una ni de la otra, sino por el régimen de dos Cámaras y un Rey. Lo universal no tentó jamás á los ingleses. Lo primero para ellos es su persona, lo segundo su casa, lo tercero y último su patria. Nuestras síntesis filosóficas, nuestras generalizaciones consuetudinarias, nuestras tendencias á fundar sistemas cerrados con lógica muy estrecha y proporciones muy sabias, no tentó á Inglaterra jamás, quien siempre quiso excepciones, privilegios, fraccionamientos de ideas, contrarios del todo á nuestra espiritual unidad. Así nunca pudieron entender ni Francia, ni su revolución. Mas no existía sólo esta incompatibilidad de humores entre los dos pueblos; existían otras causas, circunstanciales unas por los errores que cometía la Convención, universales otras y dimanadas de secular é irremediable hostilidad.

Los franceses querían agrandar sus dominios, extender sus costas, abrirse mercados por todas partes, libentar los ríos de sus cadenas para que se prestasen á su comercio, tomar Bélgica, so pretexto de libertad proteger á Holanda, sumar á Niza, convertir los Estados de Italia en departamentos de la República. Y ante tamaños planes, concebidos con más ó menos meditación y proyectados con más ó menos fragor; Inglaterra tenía que levantarse y que levantarse airada. No solamente concebía Francia de otra suerte que los sajones las ideas nuevas; no solamente universalizaba los derechos del hombre como nunca los universalizó Inglaterra: quería dominar en centros de población, colmenas del trabajo y productores del comercio, destinados en las finalidades británicas para servir siempre á Inglaterra de anejos y de mercados. La lógica de los hechos, la fuerza de los siglos, la diversidad ú oposición de los temperamentos, las creencias contrarias lo mismo en religión que en política, sobre todo los intereses enemigos, mantuvieron una guerra espiritual entre las dos grandes naciones europeas, de la que fué como consecuencia y corolario la guerra material. Y esta guerra, mantenida poco antes por todos los reyes absolutos y

antiguos contra un pueblo nuevo y libre, cambió de carácter así que Inglaterra entró en la coalición y le llevó consigo su espíritu de libertad, sus fórmulas de progreso. Antes, en las orillas del Rin por enemigos los emigados imbéciles, los obispos feudales, las ciudades germanas decadentes, los ejércitos de la disciplina y no de la espontaneidad, los generales de una gastada táctica, los soldados mecánicos de unas guerras arqueológicas, los principios reprobables de la teocracia y del absolutismo; mas ahora con el ingreso de los sajones en la coalición, un Estado liberal, un gobierno parlamentario, una tribuna de resonante voz, una prensa de desmedido influjo, un pueblo apasionado también por el derecho tal y como lo alcanzaba su propia inteligencia, unas asambleas soberanas compitiendo con la Convención y superándola por la experiencia y por la edad, una fuerza, no mecánica, no como las fuerzas reaccionarias, una fuerza muy análoga con la desplegada por los franceses, proviniendo también de la creadora y fecunda libertad. Francia no pensó en esto. Aborreciendo á Pitt, con un profundo aborrecimiento, como aborrecían los luteranos á Felipe II, conocido entre ellos con la denominación del Demonio del Mediodía, hizo todo cuanto estuvo en su mano para impulsarlo á la guerra. En cuanto supieron los franceses que su Embajador extraordinario había sido expulsado de Inglaterra, mandaron á Dumouriez entrar en Holanda; y en cuanto los sucesos de Londres se conocieron en París, los comunicó á la Convención el ministro de Negocios Extranjeros, esperando que Francia sabría desquitarse de un ultraje horroroso, el cual ninguna explicación podía paliar. Entre tanto una gran parte de la opinión belga encendía y atizaba el rompimiento entre Francia é Inglaterra. Mientras algunos de los belgas querían pura y simplemente anexionarse á Francia, otros muchos clamaban por su independencia, solemnemente prometida en las declaraciones del pueblo francés á Bélgica. «Se suprime la libertad, decían muchas regiones flamencas, cuando se delega su ejercicio á varios individuos llamados á las asambleas primarias en virtud y por obra del derecho de conquista.» «El poder revolucionario, añadían otros, será siempre á nuestros ojos y á los ojos de la Europa entera el poder de la fuerza.» En estas un diputado, tan influyente como Cambón, recuerda que hace dos meses Niza está de hinosos al pie de la Convención pidiéndole ser incluida en Francia y la Convención rehuye sus quejas y no satisface sus aspiraciones. En vano el prudente Ducos objetó con alguna observación las exigencias de Cambón. «Estas reuniones, dijo aquél, trasciende á siglos de siglos, é influyen sobre la suerte decisiva de nuestra República. Nosotros no debemos decretarlas, sino tras profunda meditación y maduro examen.» Mas, al oír esto muchos exaltados dijeron que Niza les parecía una llave maestra para entrar en los estados de Italia y debían inmediatamente cogerla. Bajo tal sentimiento se dispuso la reunión á Francia de Niza. La gran Bretaña tuvo, pues, un pretexto más, en su afán de declarar la guerra.

A esta hora suprema reaparece Dantón y reaparece con toda su fuerza y todo su